

# LA PRIMERA EDAD.

## SUMARIO.

Las obras de misericordia, enterrar á los muertos.—La envidia.—La habladora.—El tesoro escondido.—Día de Reyes.—La muñeca no come.—San Ildefonso.—Cuentos de Schmid.—Modas.—Explicacion del figurin iluminado.

### LAS OBRAS DE MISERICORDIA (I).

#### VI.

#### ENTERRAR Á LOS MUERTOS.

##### I.

Singular operacion, queridos niños, tiene reunidos en el jardin de mi amiguito Ernesto á este hermoso niño, á su hermano Luis y á Estéban y Cárlos, sus amigos.

¿Qué ocurre allí?

Vais á saberlo, es decir, vosotros y yo vamos á procurar enterarnos del suceso.

Muy fácil nos será conseguirlo; para ello nos basta acercarnos: seguramente ellos nos dejarán presenciar la operacion que llevan á cabo.

¿Cuál es?

Vaya, la impaciencia es natural; para satisfacerla nos basta mirar cómo entierran á un pobre pajarillo.

(1) Véanse los números de Abril, Mayo, Junio, Agosto Setiembre, y Noviembre.

Enero, 1874.—Núm. 12.

¡ Un pajarillo!

Sí; es un pobre jilguerito que mi amigo Ernesto poseía: ha muerto; despues de desgracia tan sensible, van á dar tierra al cadáver, á los restos mortales de la malograda avecilla.

Y ellos le rinden honroso tributo: al acto del sepelio han invitado á sus dos amigos más queridos; por eso Estéban y Cárlos acompañan á Ernesto y á su hermano.

Ya la tierra ha cubierto al que fué lindo pajarillo; ya de él no queda más que el recuerdo triste de lo que fué.

Junto á la fosa, casi cerrada ya, aparece una bellísima jaula; en ella se albergaba la víctima entregada á la muerte; allí moraba el jilguerito.

¿Y qué más quereis que presentemos?

Nada resta: los niños se separan del lugar donde han podido sepultar al pajarillo: todo ha terminado. Retirémonos, pues.



## II.

Pocos dias han trascurrido desde aquel en que los niños que habeis ya conocido dieron en la tierra lugar de descanso al pobre pajarillo muerto.

Ernesto y Luis se encuentran en el mismo jardín, y casualmente próximos al lugar donde ellos abrieron la pequeña sepultura. Casualmente se encuentran allí; el recuerdo de su amado jilguero viene bien pronto á embargar su alma.

Porque Ernesto y su hermano son buenos; ellos viven la vida del sentimiento, y, por lo tanto, la vida del bien.

Preocupados se encuentran, mas repentinamente la voz de su padre viene á sacarlos de su cavilacion.

— ¡Ernesto!

— ¡Luis!

Estas palabras resuenan en los oidos de los hermanitos, y ellos corren presurosos, que, obedientes, no pueden dejar de acudir con presteza al llamamiento paternal.

— Papá, querido papá, dice Luis, ahora mismo recordábamos, junto á la tumba que le hicimos, al pobre jilguero, nuestro pobre pajarito muerto. ¡Pobrecillo!

— ¡Era tan lindo!

— Bueno, contestó el padre; yo celebro ver en vosotros ese sentimiento de tristeza por el pobre sér que habeis perdido, y lo celebro tanto más cuanto que tenía que comunicaros la muerte de una pobre niña, de una angelical criatura, cuyos padres desean seais vosotros de los que han de conducirla á la última morada, al cementerio.

— ¡Una niña muerta!

— ¡Nosotros llevarla al cementerio!

— Eso es justamente lo que yo he prometido que haréis, seguro de que, obedientes como siempre, no dejariais de obedecerme.

— Pero, papá, ¿por qué llevar nosotros el cadáver de esa niña que no conocemos?

— Porque Dios nos manda emplear la caridad con nuestros prójimos, y es obra de caridad enterar á los muertos.

— ¿Y serémos los únicos, querido papá?

— No, hijos míos; otros niños harán con vosotros esa obra meritoria.

— ¿Y por qué habrémos de ir, cuando hay otros niños que ocupen nuestro lugar?

— Porque es mi deseo. ¿Acaso no haréis por la pobre niña lo que ha-



ce varios días hicisteis por el pajarillo? ¿Será un pájaro para vosotros más que la que ha muerto para el cariño de sus desconsolados padres?

—No, padre mio; no será el jilguero más que la pobre, la desgraciada niña: nosotros recordamos, además de vuestro deseo, lo que prescriben las obras de misericordia: ellas nos mandan enterrar á los muertos. ¿Podrémos invitar á que nos acompañen á nuestros queridos amigos Estéban y Cárlos?

—¿Por qué no?

Entonces les habrémos de invitar: ellos nos acompañaron á enterrar nuestro pajarito; ellos nos acompañarán también á hacerlo con la pobre niña. ¿Quereis, pues, papá, que vayamos á buscar á nuestros amiguitos?

—Seguramente: yo os acompañaré, á fin de afirmar vuestro deseo para con los padres de vuestros compañeros.

Y despues de esto, y al poco rato, Ernesto y Luis, acompañados de su amado padre, salian de su domicilio para ir al de sus amigos.

—¿Qué hicieron allí?

Vosotros lo sabeis, queridos niños, y no hay para qué expresaros que lograron completamente su deseo.

¿Y cómo no? Las buenas obras hallan por doquiera buena acogida, y los niños, que tan caritativo sentimiento albergaban, no podian ménos de encontrarla. Por esto salieron de casa de sus amigos gozosos, contentísimos: habían comprendido perfectamente el valor de la accion que iban á practicar.

### III.

El día siguiente, numeroso cortejo iba tras un blanco ataúd que contenia el cadáver de una tierna niña.

Blanca ésta, como el color del traje que la cubria y de las rosas que rodeaban su inerte cuerpo, descansaba en su último lecho, en el lecho de la muerte.

No parecia, sin embargo, que la vida habia abandonado á aquel pequeño cuerpo: en la cara de la niña brillaba una dulce sonrisa, la sonrisa de los ángeles.

Cuatro niños conducian el pequeño féretro; vosotros les conocéis, queridos niños; eran Ernesto y su hermano, Estéban y Cárlos.

No iban solos: otros niños les acompañaban; pero ellos habian querido ser los primeros en llevar el cadáver, queriendo así significar su deseo de llenar completamente



su deber en la práctica de aquella obra de caridad.

Hé aquí por qué, en medio de la tristeza que embargaba sus almas, se comprendía en sus rostros el gozo que resulta de la práctica del bien. Porque la caridad lleva al alma la felicidad verdadera, la alegría del bien, y los niños que conducían los mortales restos de la que en vida fué preciosa niña, debían ser, y eran seguramente en aquellos momentos, felices.

¡Dichosos vosotros, mis pequeños lectores; dichosos si comprendéis cuán grande es el valor de la buena acción, de la obra meritoria; dichosos mil veces si al bien dedicáis mañana vuestra actividad, vuestra existencia!

Los niños llegaron bien pronto al cementerio, y bien pronto también cayó la tierra sobre el ataúd que ellos habían solamente transportado; porque su caridad les dió fuerzas, y ellos solos consiguieron no tener necesidad de auxilio alguno.

La obra quedaba terminada; los niños habían sido los primeros en echar cada uno sobre el féretro un puñado de tierra; y cuando ya nada les quedaba que hacer, porque su ayuda para nada era necesaria, se retiraron, llevando en su

conciencia la mayor de las satisfacciones.

Y si hubierais podido oír lo que entre sí hablaban, pudierais haber entendido las palabras que Ernesto dirigió á sus camaradas.

Voy á escribiros las, pues yo las oí; voy con ellas á terminar esta pequeña narración.

—Hasta hoy, decía el niño, no he comprendido verdaderamente lo que son las obras de misericordia: ellas llevan consigo el premio para el que las practica; ellas producen en el alma un gozo que supera cien veces á la molestia que pueda ocasionar el practicarlas.

E. THUILLIER.

Puerto de Santa María, Enero, 1874.

## LA ENVIDIA.

Juana era hija de un rico comerciante, que siempre la había prodigado la mayor ternura, pero ella nunca se veía contenta por más esfuerzos que su buen padre hacía, pues le cegaba de continuo una envidia pertinaz, y por más que ella poseyera más ricas cosas que sus demás compañeras, nunca estaba satisfecha su ambición, y siempre que á sus amigas veía alguna cosa nueva, le costaba amargas lágrimas el no poderla tener.

Su pobre padre, que la quería



tiernamente, sufría de una manera increíble, con el carácter de su hija, y mucho más cuando conocía lo difícil que era conseguir su enmienda.

Para colmo de sufrimiento, sus bienes sufrieron una pérdida considerable, y entonces sí que Juana padecía torturas espantosas, viéndose privada de tantas cosas como antes tenía.

Su pobre padre, con tanto sufrir, llegó á enfermar de una manera terrible, y al poco tiempo murió lleno de dolor por la suerte de su hija, pues aún que padre, no desconocía que las malas condiciones de ésta la habían enajenado las simpatías de todo el mundo.

Todo sucedió como el buen comerciante se temía. Juana, después de haber perdido á su padre, y mucho más no quedándola intereses ningunos, se vió abandonada de todos los amigos que en otros tiempos, más bonancibles, la colmaban de atenciones y finezas, y aún llegó día que hasta careció del sustento necesario.

Entonces una bondadosa señora, que aunque de noble nacimiento, sólo contaba ya con una pequeña pensión para ella y una niña que tenía de la edad de Juana y en la que aquélla nunca se fijó, aún cuando eran vecinas, vino á ofrecerle su casa y lo poco que poseía, asegurándola que al lado de su hija sería para ella otra igual.

La pobre Juana, que sólo había visto desprecios en todo el mundo, al oír aquellas cariñosas pala-

bras se arrojó en brazos de su nueva protectora, y le dijo: «Usted, señora, me dará, con su protección, no sólo el socorro que necesito, sino también la salud de mi alma, pues sin variar de carácter nunca podré ser feliz.

Al lado de la amable hija de usted, aprenderé á no tener envidia de nada en este mundo, que es lo que me ha hecho perder para con todos, y trabajando como ella, pensaré sólo en dar gracias á Dios por el bien que me concede.

La triste lección que la pobre Juana había sufrido, le hizo cumplir fielmente su palabra, y en adelante al lado de su buena amiga vivió tan feliz como ella.

Siempre la envidia es fatal  
Para quien impunemente  
Rendirle culto consiente  
Aunque se labre su mal.

## LA HABLADORA.

Matilde había adquirido la mala costumbre de contar cuanto en su casa pasaba, desde sus primeros años. Esta falta había ocasionado á sus padres mil disgustos con los vecinos del pueblo, que al darles quejas de esta ó la otra cosa, siempre añadían la palabra de: «Tu hija lo ha dicho.»

Ni exhortaciones ni castigos podían conseguir corregirla, y todos los esfuerzos por lograr su enmienda eran vanos.

Siempre, su mayor placer era indagar en una parte para contarle en otra, y parecía gozar con los



efectos que á veces ocasionaban sus continuos cuentos.

En una ocasion, un señor muy rico del pueblo vino á buscar á su padre y pretendió hablar con él. La niña, como de costumbre, quiso enterarse, y sin que su padre la viera, oyó que se trataba de guardar en su casa várias alhajas y dinero de aquel señor, mientras éste volvía de un viaje que iba á emprender.

Matilde quedó muy satisfecha de lo que habia oido, pero ántes de dar cuenta á las vecinas era preciso enterarse del sitio en que se encerraba el misterioso cajón que su padre tenía en la mano. En efecto, le siguió los pasos con mucha cautela despues de marcharse el señor, y vió que cavó en la cuadra, en el sitio donde generalmente dormían las caballerías, puso allí el cajoncito, y despues volvió á colocar los cantos con la misma igualdad que ántes tenían.

En el momento de terminar él su tarea, quiso huir la habladora Matilde con precipitacion, pero hizo un leve ruido, y su padre, sobresaltado, vuelve la cabeza, y al ver á su hija, tembló, pues desde luego comprendió descubierto todo el misterio. Entónces, con precipitacion, quitó de allí el cajón y le puso en sitio más seguro.

Sin embargo, temiendo que la niña hubiera dicho algo, estuvo aquella noche en expectativa, y á una hora avanzada sintió que la puerta de la cuadra se abría. Nada habia en ella, pues con toda

precaucion hasta las caballerías las habia pasado á otro sitio.

Entónces vió que un hombre, en el que reconoció á un vecino suyo, de no muy buen aspecto, con una linterna sorda en la mano, avanzaba hácia el sitio en que la niña vió que habia colocado el cajón, y empezó á reconocerle.

Entónces, el padre de Matilde, queriéndole dar una leccion, le gritó: ¿Qué buscas, Andrés? Este se sorprendió en el primer momento, mas viéndose perdido, pues el padre de Matilde habia salido de su escondite y estaba próximo á él, tira la linterna, y ántes que su vecino hubiera podido prevenirse, le dispara un tiro con un revolver que llevaba escondido, y se dió á huir precipitadamente.

Matilde y su madre se despieratan aterradas al oír aquella detonacion, llaman á su padre, y viendo que no responde, encienden una luz y le empiezan á buscar por todas partes, llamándole sin cesar.

Entre tanto, algunos vecinos que oyeron sus lamentos, como habian oido el tiro, llegaron en su ayuda, y dirigiéndose desde luego á la cuadra; que segun uno dijo, estaba abierta, encontraron al pobre hombre tendido en el suelo, con una herida en un hombro que no le permitia moverse.

Le condujeron unos al lecho y otros fueron en busca del cirujano, y entre tanto él llamó á su hija, y la dijo: «Tu vicio de hablar ha estado hoy á punto de costarme la vida. Tú contaste en cierta casa



cuanto en la tuya habias visto, y ésta es la causa de mi herida, que sólo á tí la debo.

Matilde conoció el remordimiento por primera vez en su vida; deshecha en lágrimas pedia á su padre perdon, jurándole no volver en su vida á contar nada; á lo que él la dijo:— Si esto es así, doy mi herida por bien empleada.

Despues vino el médico, y dijo que la herida era de poca consideracion. Tomaron luégo declaracion al herido, y él sólo quiso confesar que al sentir ruido en la cuadra, se asomó á ella, preguntando, «quien iba»; que entónces le dispararon un tiro y vió que un hombre corria, pero no le pudo conocer.

Todos, sin embargo, comprendieron quién habria sido el autor del atentado, pues no volvió á parecer por el pueblo.

Matilde, cuando vió á su padre completamente bueno, dió inmensas gracias á Dios, pues aún la aterraba la idea de haber podido causar su muerte por su imprudente vicio.

Nunca despues de aquel dia se la vió ir á ninguna casa, como no fuera con su madre, y siempre guardó la más completa reserva en todo, sin que jamas por ella volviera á descubrirse nada, y su padre bendijo mil veces aquel incidente que así habia hecho cambiar á su

Quien ha la sin precaucion  
Cuanto consigue indagar,  
Suele á veces, sin pensar,  
Labrarse su perdicion.

## EL TESORO ESCONDIDO.

En un pequeño lugar se hallaba, hacia pocos meses, una infeliz anciana cuyas apariencias tenían un cierto tinte de extranjerías, si bien hablaba el español bastante correctamente, y cuyo traje, muy estropeado, denotaba que su dueña debia haber vestido, si no con mucho lujo, al ménos de una manera mucho más decente que lo que en aquellas circunstancias vestia.

En su demacrado semblante se advertia una expresion de dulzura habitual, pero habia momentos en que aquélla era sustituida por el terror, y entónces se presentaba imponente y amenazadora.

Generalmente se la veia cruzar todos los dias las calles del lugar implorando la caridad pública, y siempre hablando consigo misma, sin que de su continuo monólogo hubiera podido traslucirse más palabra inteligible que la de *Tesoro*.

No cabia duda que fuera cual fuera la causa, la razon de aquella infeliz no estaba completa, pero nadie pudo jamas saber de ella más antecedentes que los que quedan consignados.

Los muchachos y aún algunas personas mayores la perseguian de continuo, y aún cuando ella era inofensiva, pues jamas se la veia meterse con nadie, la insultaban prodigándola los epítetos más groseros y aún algunas veces arroján-



dola piedras á las voces de «¡ A la loca !» «¡ A la loca !»

Entónces la infeliz procuraba refugiarse en alguna casa, pero sus moradores, temiendo á los que la perseguían, la hacían salir y cerraban la puerta.

Sólo había una casa que no se cerraba para la desventurada anciana, ésta era la de unos honrados trabajadores que sólo tenían una niña de seis años llamada Margarita, la que al ver la angustia de la pobre mendiga, la hacía entrar en su casa agarrándola de la mano, y luégo su buena madre cerraba la puerta y prodigaba á la anciana las atenciones que en su miserable estado la podía proporcionar.

La pobre mujer, enternecida con los solícitos cuidados de la buena Antonia, que así se llamaba la madre de Margarita, y los infantiles halagos de ésta, cubría á la niña de tiernas caricias y siempre la decía:—Tú sólo serás la dueña de mi rico tesoro. Con él tendrás una magnífica casa y ricos trajes; pero la pobre *loca*, como todos me apellidan, no te verá entónces, pues sólo despues de mi muerte pasarán mis riquezas á tí.

Antonia la sonreía dulcemente al oír aquellas conversaciones que, poco más ó ménos, siempre eran las mismas, y aunque conocía que todo era la manía de un demente, la agradecía con toda su alma sus buenos deseos para su hija querida.

Mil veces le había suplicado que

se quedára en su compañía para que nadie se metiera con ella, pero la infeliz mendiga se negaba tenazmente, temiendo traer sobre aquella familia algun infortunio.

En una ocasion iban pasados muchos dias sin ver á la mendiga, y aquella tardanza en ir por allí iba ya llamando la atencion de Antonia, cuando se presentó un demandadero del hospital rogándola de parte de la loca (fueron sus palabras) que se llegára en seguida, pues se veía próxima á morir y quería ántes tener la dicha de hablarla.

Antonia dejó á su pequeña Margarita acompañada de su padre, que á la sazón entraba, y fué por ver en que podía ser útil á aquella desgraciada en tan críticos momentos. Apénas ésta la divisó hizo un esfuerzo para sentarse en la cama, y como si en aquel momento hubiera recobrado por completo toda la energia de su razon, la habló en estos términos:

—Voy, buena Antonia, á pagarte tus atenciones para conmigo, pero primero te he de contar mi historia.

Dicho esto, la hizo sentar junto á su cama, y prosiguió:

Hace muchos años, siendo yo casi tan niña como tu hermosa hija, pues sólo contaba diez años, mi padre, que era el más rico de este lugar, se quedó viudo, y temiendo que en poder de criadas pudieran algun dia desaparecer sus intereses, encerró en una olla metálica la mayor parte del oro



que tenía, que era mucho, y lo sepultó en un sitio que despues te designaré, pues allí creía seguro poderlo sacar, si, como se decía, la guerra estallaba y él hubiera tenido que huir. Desgraciadamente esto sucedió con mucha más premura de lo que mi pobre padre imaginára, y apenas le dió tiempo para recoger el dinero y alhajas que dejó en casa, y llevándome consigo, partió inmediatamente para un puerto de mar, donde nos embarcamos para el extranjero huyendo de la adversa suerte que, segun él decía, le esperaba en su patria por sus opiniones políticas, y fuimos en busca de otra quizá más adversa, en un país extraño y del que ni aún siquiera el idioma conocíamos.

Los pocos recursos que llevábamos se agotaron bien pronto, y ya nos fué preciso renunciar á nuestros dorados sueños de volver á nuestra querida España, cuando despues de algunos años terminó la guerra, causa de todas nuestras desgracias.

Mi pobre padre murió al cumplir yo veinte años; y sola, desamparada y sin ningun recurso, me puse á servir. Así pasé los mejores años de mi vida, y cuando ya la vejez empezó á tender su demacrada mano sobre mí, hablaba de mi tesoro á todo el que creía tuviera dinero para poderme ayudar á encontrarle, pues mi pobre padre me habló muchas veces de él, explicándome el sitio donde se hallaba, de tal manera, que me

parecía estarle viendo, mas como á nadie quería revelar estos pormenores me tomaban por demente, y, por último, me llevaron á una casa de orates, donde un caballero que iba allí con frecuencia, convencido de que yo no estaba loca y compadecido de mi desgracia, me sacó bajo su responsabilidad, me compró el traje que hasta ahora he llevado, me acompañó hasta el momento de mi partida, y dándome dinero para cuanto necesitára;—vé, me dijo, infeliz, y al ménos, si no encuentras tu tesoro, muere en la tierra que te vió nacer.

Me despedí de él conmovida, llegué á España y entónces sí temí perder de véras la razon, de alegría por una parte, y de pesar por otra. Iba á hallar mi tesoro, pero mi pobre padre no vivía.

Aquí la anciana dió un profundo suspiro, y luégo continuó:

Apénas habíamos llegado fuimos á descansar á un parador; pero ¡oh desgracia la mía! aquella noche se prende fuego en él, tuvimos que salir despavoridos de allí, y en aquel trastorno me quitan mi saco de noche, único equipaje que traía y donde llevaba todo el dinero que me habia quedado; mas esto no me hizo desmayar. Ya estaba en mi patria y nada me arrebataba.

Seguí el camino á pié implorando la caridad pública, y despues de algunos dias llegué aquí, fui á reconocer el sitio donde se hallaba mi tesoro, y ¡oh placer! todo



estaba como mi padre me habia dicho; pero yo no tenía fuerzas para sacarle, y al ver el trato que en mi pueblo natal he recibido, me decidí á hacerle morir conmigo; pero tus bondades y las de tu hermosa hija me han hecho cambiar de propósito. Disfrutadle vosotras, ya que á mí no me haya sido permitido hacerlo. Ahora óyeme bien, Antonia, y no olvides, dijo bajando mucho la voz, ningún pormenor de los que te voy á dar. Al salir del lugar tomás á la derecha, sigues la esplanada, y junto á un arbusto verás un gran peñasco, apártale, cava despues en aquel sitio y á poca profundidad hallarás la olla.

Una advertencia me resta hacer-te; sigue enseñando á tu hija á honrar y respetar los ancianos, que ella hallará la recompensa. Ahora, hija mia, abrázame, recibe mi bendicion y corre á cumplir mi deseo.

Antonia salió de allí con el corazon oprimido y sin saber qué pensar. Al llegar á su casa contó á su esposo lo ocurrido, y éste determinó ir inmediatamente los tres al sitio consignado. Apenas llegaron divisan el peñasco, le apartan, comienzan á cavar, y al poco rato descubren la olla, la sacan, y ven que todo su contenido era oro.

Ambos esposos, conmovidos, caen de rodillas dando gracias á Dios, y la pequeña Margarita les imita; pero en el momento de terminar su oracion recuerdan que aquello no es suyo y deciden lle-

varlo á su casa Margarita y su padre en el esporton, que á preven-cion habian traído, miéntras Antonia corria al hospital á dar la noticia á la anciana.

Esta se habia recargado mucho con su larga relacion, pero al oir la nueva que le llevó Antonia dió gracias á Dios porque al ménos hacia feliz á aquella honrada familia, y á los ruegos que le hizo Antonia por que aceptára su tesoro, contestó:

—Hija mia, eso ya es vuestro; yo dentro de poco habré hallado vida mejor en la mansion de los justos. Se despidió nuevamente de ella y la suplicó la dejára, pues se hallaba muy fatigada.

Al dia siguiente la anciana habia dejado de existir. Antonia y su esposo le hicieron los funerales más lujosos que jamas se vieron en el lugar, repartieron luégo mucho dinero á nombre suyo entre los pobres, y despues de algun tiempo levantaron una preciosa casita, compraron tierras y siempre fueron muy felices, sobre todo Margarita, que cada dia fué más compasiva, conservando siempre el mayor respeto á los ancianos, pues su tierna madre le decia:

Que va de su ruina en pos  
Quien no respeta al anciano,  
Pues si le ofende inhumano,  
Ofende tambien á Dios.

LUISA ESCUDERO.





Niños míos : nada tan encantador, nada tan sublimemente sencillo como el libro por excelencia, la sagrada Biblia. Cuando crezcáis en edad, me daréis seguramente la razón.

Hoy quería referiros con toda sencillez la venida de los Reyes magos á Belén y el acto de adorar en su humilde establo al Niño Jesús recién nacido; pero despues de leer el Santo Evangelio, según San Mateo, creo preferible hacer que os acostumbreis á tan piadosa lectura.

«1. Pues cuando hubo nacido Jesús en Bethlehem de Judá en tiempo de Heródes el rey, hé aquí unos Magos vinieron del Oriente á Jerusalem.

»2. Diciendo : ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque vimos su estrella en el Oriente y venimos á adorarle.

»3. Y el rey Heródes, cuando lo oyó, se turbó, y toda Jerusalem con él.



«4. Y convocando todos los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, les preguntaba dónde había de nacer el Cristo.

»5. Y ellos le dijeron: En Bethlehem de Judá; porque así está escrito por el profeta.

»6. Y tú, Bethlehem, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá; porque de tí saldrá el caudillo que gobernará á mi pueblo de Israel.

»7. Entonces Herodes, llamando en secreto á los Magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo en que les apareció la estrella.

»8. Y encaminándoles á Bethlehem, les dijo: Id é informaos bien del niño, y cuando le hubieseis hallado, hacédmelo saber, para que yo también vaya á adorarle.

»9. Ellos, luego que esto oyeron al rey, se fueron. Y hé aquí la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegando se paró sobre donde estaba el niño.

»10. Y cuando vieron la estrella se regocijaron en gran manera.

»11. Y entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre, y postrándose le adoraron; y abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.

»12. Y habida respuesta en sueños, que no volviesen á Heródes, se volvieron á su tierra por otro camino.»

Esta visita de los reyes de Oriente al Rey del cielo y tierra, poetizada por la cristiana imaginación, lo ha sido especialmente por los

niños. Innumerables tradiciones, aceptadas por éstos, les hacen creer que en la noche del 5 de Enero, víspera de la adoración de los Reyes, éstos renuevan su visita á todos los niños y les obsequian con sus tesoros. En muchas poblaciones los niños dejan al balcón sus zapatos y gorras para que tan menudas prendas sirvan de indicación á los Reyes y de receptáculo para sus dones. Los cariñosos padres se encargan de conservar viva la fe de sus pequeñuelos y de satisfacer sus deseos, depositando dulces y juguetes en los zapatitos y gorras. Al despertar los niños el día 6 se persuaden de haber sido visitados por los Reyes, como el niño Jesús en Belén, y sólo lamentan el sueño que les ha impedido verles.

En otras poblaciones, Madrid entre ellas, la víspera de los Reyes se celebra por ménos inocentes medios: algunos hombres, alegres por sus libaciones, explotan la cándida credulidad de otro, al cual hacen cargar con una formidable escalera y recorrer las calles, entre el estruendo de esquilonos y á la luz de algunas hachas de viento, para que subiéndose sobre su último peldaño, vea, dirigiendo su mirada á los cuatro puntos cardinales, *por dónde vienen los Reyes*. Esta fiesta suele terminar con la intervencion de las autoridades, bien para prender á un agresor ó mal intencionado, bien para curar á un herido. Por fortuna esta costumbre va desapareciendo.

X.



## LA MUÑECA NO COME.



Mucho preocupa á Clotilde que no coma la Muñeca. ¿Estará mala? Porque Clotilde recuerda que cuando ella lo ha estado no queria comer.





## SAN ILDEFONSO.

(25 de Enero.)

Este santo, gloria de España, nació en Toledo en 607, siendo hijo de una noble familia y sobrino del arzobispo de Toledo Eugenio III, quien habiéndose encargado de su educacion, le mandó para completarla al lado de San Isidoro, que era á la sazón arzobispo de Sevilla. De regreso á Toledo entró en el monasterio Agaliense, del que fué noveno abad, y en donde recibió las órdenes de presbítero de manos de San Eladio. Vino con el tiempo á ocupar la silla episco-

pal, que rigió durante nueve años y dos meses, desde fines de Noviembre de 657 hasta el 23 de Enero de 667, en que falleció, siendo sepultado en la referida basilica. San Ildefonso, además de sus virtudes, es autor de obras muy notables contra várias herejías, del celeberrimo de la perpétua virginidad de María Santísima, y otro de las vidas de varones ilustres. Bastantes de sus escritos se han extraviado y los impresos merecen muchísimo aprecio.





Ad. Goubaud & Fils Edit. Paris

# LA PRIMERA EDAD - NIÑEZ ILUSTRADA

MADRID - Administración de los Niños.



BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



I  
cill  
mo  
una  
Dun  
su c  
van  
te.  
del  
safi  
bat  
Ton  
dió  
tom  
su a  
da.  
bru  
cid  
me  
cog  
cip  
est  
car  
rec  
I  
do  
to c  
las  
ña.  
hon  
mu  
S  
á la  
div  
lar



## CUENTOS DE SCHMID.

## XLII.

## LAS OVEJAS.

I. Estaba guardando un pastorcillo su rebaño de ovejas en las montañas, y se sentó un día sobre una roca á la sombra de un pino. Durmióse allí y durante su sueño su cabeza inclinada adelante se levantaba y bajaba alternativamente. El carnero que pastaba cerca del dormido, creyó que éste le desafiaba de aquella manera al combate y le invitaba á dar cornadas. Tomó una actitud amenazadora, dió algunos pasos hácia atrás para tomar carrera y se precipitó contra su amo dándole una fuerte topetada. El pastorcillo, que se veía tan bruscamente despertado de su placido sueño, se puso extremadamente colérico. Levántase furioso, coge al carnero y lo lanza en el precipicio inmediato. Cuando vieron esto las ovejas, todas siguieron al carnero, saltaron al precipicio y perecieron miserablemente.

II. El trágico fin del desgraciado rebaño fué muy pronto el objeto de las conversaciones de todas las comarcas vecinas á la montaña. Un viejo bastante sensato y honrado hizo de esta historia una muy feliz y buena aplicacion.

Sus hijas y sus hijos querian ir á la ciudad un día de feria para divertirse, y sobre todo para bailar ; pero su padre les dijo :

— Eso no os conviene ; en esas especies de reuniones pasan á veces cosas que no están bien. Yo os he criado en la inocencia y en la virtud y podréis fácilmente perder en ellas la una y la otra.

— Pero, dijeron los jóvenes, otras muchas personas no temen el ir allí.

— Sí, contestó el padre, mas muchos muchachos han ido y han dejado allí su salud, su reposo, su reputacion y su inocencia. ¿Queréis imitarlos en esto ? Guardaos muy bien de hacer lo que las ovejas ; ya lo sabeis : si una salta por un lado, aunque sea en un abismo, las demas la siguen ; y por esta razon se trata á los animales de imbéciles. Pero el hombre que se arroja en el precipicio porque otros se arrojan, al ejecutarlo no es ni más prudente ni más juicioso que los animales ; se halla privado de toda sensatez ; no es más que un animal estúpido.

## XLIII.

## EL CABALLO ROBADO.

Robáronle á un labrador el más hermoso caballo que tenía, una noche en la cuadra. Fué al mercado de caballos, que se hallaba á unas quince leguas de allí, con intencion de comprar otro. Pero al llegar vió entre los caballos de venta el suyo. Inmediatamente lo coge por la brida gritando en alta voz :

— Este caballo me pertenece ; me lo han robado hace tres días.

— Se equivoca V., amigo mio, le contestó políticamente el que



parecia dueño del animal; hace más de un año que soy poseedor de ese caballo. Es posible que ten-

sus dos manos el labriego sobre los ojos del caballo, y gritó :

— Pues bien: si tanto tiempo

### MODAS.



1

2

3

4

5

ga alguna semejanza con el de V., pero éste seguramente es mío.

Entonces puso precipitadamente

hace que es V. dueño de él, debe usted, sin duda, conocerle bien.

Diga V., ¿de qué ojo está tuerto?



El chalan, que efectivamente habia robado el caballo y aún no le habia examinado, se quedó aturdido y respondió á la ventura:

está tuerto del ojo izquierdo.

— ¡Ah! es verdad, dijo el bribon reponiéndose; es verdad que me he equivocado; quise decir del ojo



Trajes de máscara.

-- Del ojo izquierdo.

— Está V. equivocado, replicó el labriego, el animal no

derecho. Sí, del ojo derecho está tuerto.

Entonces el labriego destapó



los ojos del caballo y exclamó:

—Queda probado hasta la evidencia que tú no eres más que un ladron y un embustero. Vengan ustedes, vengan ustedes, señores, y vean que el caballo no está tuerto. Yo he hecho esta pregunta para confundir á este miserable.

Echáronse á reir á carcajada tendida cuantos presentes estaban, y dando grandes palmadas exclamaban:

— ¡ Bravo! ¡ Bravo! ¡ Lo ha cogido!

Forzado el ladron á volver el caballo, fué ademas arrestado y llevado delante de la justicia, sufriendo despues el castigo que habia merecido su robo.

#### XLIV.

##### EL BUEY.

Estaba un dia un padre de familia hablando á sus hijos del alto grado de perfeccion al que el hábito y el ejercicio puede conducirnos en todo.

— Os citaré, les decia, un ejemplo muy notable. Cuentan que en cierta ocasion un hombre recorria el país con un buey para enseñar al público una cosa muy extraordinaria. Cogia al animal sobre los hombros á vista de los espectadores, y lo llevaba así mucho tiempo, parándose por las calles, lo que le hacia ganar mucho dinero. Habiéndole preguntado algunas personas cómo habia llegado á adquirir tal

grado de fuerza, el hombre respondió:

— Cuando este buey no era más que un ternero, yo le llevaba diariamente algunas horas sobre mis hombros paseándole por mi corral. Verdad es que el animal se iba haciendo cada dia más grande y más pesado; pero mis fuerzas crecian tambien á proporcion, de tal manera, que el peso de un buey no puede ya hacerme caer al suelo ahora.

#### XLV.

##### EL BURRO.

Disponíase un hortelano á ir al mercado de la inmediata aldea para vender sus legumbres, y cargó de tal modo al burro, que no se le veía más que la cabeza y las cuatro patas al pobre animal.

Mientras iba andando por el camino, atravesaron un bosque de esparto, y el hortelano tuvo la ocurrencia de cortar algunos haces para formar lías.

— Un aumento tan débil de carga no puede perjudicar á mi asno, se decia á sí mismo colocándolos sobre la albarda.

Despues pasaron por unos morales y almendros, y el hortelano escogió una docena de varitas cortas y delgadas para que sirviesen de sosten á las flores.

— Tan ligero peso apenas lo sentirá el animal, dijo; y las colocó sobre el pobre pollino.

Más tarde, cuando apareció el sol por Oriente y empezó á lanzar



con fuerza sus rayos, el hortelano se quitó su chaqueta y la echó sobre la carga.

—No estamos más que á dos pasos de la aldea, y esta ropa, que puedo levantar con mi dedo meñique, no se puede contar por nada.

Apénas habia pronunciado estas palabras, cuando el borrico tropezó, cayó, y no se volvió á levantar, agobiado bajo el peso de tanta carga.

Entónces el hortelano, asustado y lamentándose, decia :

—Ahora lo veo, aunque desgraciadamente demasiado tarde : jamas se debe poner á los hombres y á los animales una carga superior á sus fuerzas.

## LXVI.

### EL MULO.

Apoderáronse dos ladrones de un mulo, y lo llevaron al fondo de un bosque. Pusiéronse allí á deliberar sobre el precio en que debian venderle, y sobre la cantidad que á cada uno debia tocar. Suscitóse una disputa entre ellos, vinieron á las manos, diéronse de golpes, y se llenaron de sangre.

En lo más fuerte de la contienda llegó un tercer ladrón casi de puntillas ; dió un salto, se montó sobre el mulo, y se alejó sin ser visto de los otros. Apercibiéronse éstos cuando ya el animal estaba demasiado léjos para volverle á coger, y lo siguieron tristemente

con la vista. Entónces uno de ellos exclamó :

—Justo es lo que dice el proverbio : «Lo que con la flauta se gana, con el tambor se pierde.»

## LXVII.

### LA MONA.

Habiendo encontrado una mona abierta una ventana en el cuarto de un rico avaro que jamas daba un ochavo á los pobres, se entró por ella.

El hombre, de corazon de piedra, se hallaba ausente, y descubriendo el mono una caja llena toda de monedas de oro y plata, las cogió á puñados y las arrojó por la ventana.

Inmediatamente que el pueblo se apercibió de esto, reunióse bajo la ventana una inmensa muchedumbre que se disputaba el dinero á puñetazos.

Cuando la caja estuvo vacía, volvía nuestro avaro por el extremo de la calle. ¿Quién podrá pintar su terror y su dolor al ver lo que pasaba delante de su casa ? Antes de entrar en ella se deshizo en imprecaciones y amenazas contra el mono, y lo trató de animal insensato. Un vecino que lo oía, replicó :

—De seguro que es poco sensato echar el dinero por la ventana como hace ese mono ; pero tenerla encerrado en una caja sin que aproveche para sus semejantes



ni aún para uno mismo, como hacéis vos, es más insensato aún.

### LXVIII.

#### LA PIEL DEL OSO.

Un oso de un tamaño monstruoso moraba en lo espeso de un bosque. Huberto y Eustaquio, dos cazadores novicios que viajaban juntos, oyeron hablar de él, y se dijeron:

—Pronto le tendríamos en nuestro poder.

Desde entonces no dejaron de ir todos los días al bosque á acechar al oso. Por la noche volvían á la posada, y aunque no tenían dinero, gastaban, triunfaban y bebían del mejor vino.

—La piel del oso, decían al posadero, será muy suficiente á pagar nuestro gasto.

Un día, que recorrian como de costumbre el bosque, vieron adelantarse hacia ellos el oso en actitud amenazadora. Huberto se echó la escopeta á la cara, apuntó, é hizo fuego; pero el terror le hizo errar el tiro, y trepó aceleradamente á un árbol. Eustaquio, cuya escopeta no dió lumbre, se arrojó al suelo inmediatamente, y conteniendo el aliento se hizo el muerto. Vino el oso á olfatearle la boca, la nariz y las orejas, y después se alejó sin hacerle mal alguno, porque sabido es que los osos no tocan á los cadáveres.

Bajóse del árbol entonces Huberto, y queriendo burlarse de su

camarada, le dijo chanceándose:

—Cuéntame lo que el oso te decía al oído.

Me ha dicho que jamás debe venderse la piel del oso ántes de matar al animal.

### XLIX.

#### EL LOBO.

Juan era un chiquillo en extremo embustero, y guardaba un rebaño de carneros en el lindero de un bosque. Queriendo divertirse un día con una nueva chanza, se puso á gritar con todas sus fuerzas:—¡Al lobo! ¡al lobo!—Los aldeanos que le oyeron acudieron de todas partes armados de hoces y palos; pero después de haber hecho inútiles averiguaciones se volvieron á su casa, y Juan se reía en su interior de ellos.

Al día siguiente hubo los mismos gritos de:—Al lobo, al lobo, al lobo.—Volvieron otra vez los aldeanos, aunque en menor número que el día anterior. No habiendo encontrado nada, meneaban la cabeza y se alejaban diciendo que no los engañaría más. Al tercer día el lobo vino de veras, y Juan se puso á dar gritos terribles.—¡Socorro, socorro! ¡Al lobo, al lobo! decía el infeliz, pero ni un solo aldeano hizo caso de él ni se cuidaron de aquel grito de alarma.

Desbandóse huyendo el rebaño entero hacia la aldea; mas el pobre Juan, que no era tan listo como sus carneros, fué cogido del lobo, que lo hizo tiras y lo devoró.



## L.

## EL LEON.

Un desgraciado esclavo que se habia escapado de la casa de su amo, habiendo sido cogido fué condenado á muerte. Lleváronle á un gran recinto rodeado de muros, y soltaron contra él un leon terrible por su ferocidad. Millares de espectadores se hallaban allí reunidos al rededor del circo para ser testigos del combate. En cuanto el leon divisó su víctima lanzóse hácia él con aire furioso; despues, de repente, se le vió detenerse, demostrar alegría meneando la cola, acercarse al pobre esclavo, lamerle la mano y dar saltos al rededor de él. Lleno de estupor y de asombro quedó todo el mundo, y preguntaron al esclavo la explicacion de aquel prodigio, y él la dió en estos términos:

— El dia que me fugué de la casa de mi amo, fui á ocultarme en una caverna en medio de un bosque. Apénas me habia metido en ella vi entrar á este leon, que se aproximó á mí dando lastimeros gemidos y presentándome su pata, en la que se habia clavado una grande espina. Se la quité, curé su llaga y pronto quedó sano. Desde aquel momento me proveyó de alimento con la caza y vivimos juntos en buen amor y compañía. Por último, un dia nos separamos y fuimos cogidos el uno y el otro. Hoy, este buen animal, habiéndome reconocido se alegra de haberme vuelto á encontrar.

Entusiasmado el pueblo al ver tanta gratitud en una fiera, gritó:  
— ¡ Vivan el hombre caritativo y el leon agradecido !

El esclavo recobró su libertad; fué manumitido y colgado de ricos presentes. Cuando salió de la arena, el leon le siguió como un perro. Desde entónces permaneció siempre á su lado acompañándole á todas partes sin hacer mal á nadie.

## LI.

## EL POLVO DE ORO.

Dos hermanos, llamados Gustavo y Luis, se embarcaron para América con intencion de buscar fortuna. Concedieron allí á Gustavo un espacio de terreno inculto. Lo labró con ardor é inteligencia y bien pronto le dió pan en abundancia.

Más ambicioso Luis que su hermano, tomó el camino de los montes y de las comarcas donde se encuentra el polvo de oro, determinado á ir en busca de este precioso metal. Llevaba allí una vida miserable, alimentándose de raíces y cortezas de árbol; pero al fin volvió á casa de su hermano con un saco lleno de polvo de oro.

— Mira, hermano, le dijo, qué hermosa fortuna he hecho: todo este oro me pertenece: ¡ oh ! soy el hombre más feliz del mundo. Pero dame de comer porque estoy extenuado de hambre y de cansancio.

— Con mucho gusto, respondió Gustavo; pero á condicion de que me pagarás cada pedazo de pan lo que pesa de oro.

Aunque disgustó á Luis este



contrato, se vió obligado á consentir en él porque estaba demasiado débil y demasiado estropeado para ir más léjos.

Poco tiempo despues, quando Gustavo se vió en posesion de todo el oro de su hermano, le dijo :

— Hermano mio , hé aquí tu tesoro ; te lo devuelvo, no soy bastante cruel para epoderarme de tu fortuna ; he querido únicamente manifestarte que las riquezas no dan la felicidad, y que el amor al trabajo nos procura bienes y goces que el oro no tiene en sí mismo.

### LII.

#### LAS PERLAS.

Habíase perdido un viajero en uno de esos arenosos y abrasadores desiertos en donde se camina semanas enteras sin encontrar habitacion alguna. Al punto de perecer de hambre y de sed , descubrió al fin una palmera á cuya sombra brotaba un manantial de fresca agua, é inmediato á él un saquito.

— ¡ Alabado sea Dios ! exclamó reanimándose ; tal vez son guisantes que impedirán el que me muera de hambre.

Al decir estas palabras abrió con avidez el saco y exclamó con terror y dolor :

— ¡ Ah, Dios mio ! ; No son más que perlas !

II. Iba á morir de hambre aquel pobre viajero al lado de aquellas perlas que valian muchos millones. En su apuro rogaba á Dios con fervor. De repente apa-

rece un hombre sobre un camello y se le acerca con gran prisa : era el que habia perdido el saco. Contento con haberlo encontrado, tuvo compasion del viajero y le dió pan y deliciosas frutas. Despues de haberle reanimado le montó sobre su camello y lo llevó al término de su viaje, sin que se viese expuesto á perderse de nuevo.

— Repara, le dijo el moro, ¡ cuán admirables son las vias de la Providencia ! Yo miraba como una gran desgracia la pérdida de mis perlas , miéntras que nada podia sucederme más feliz : Dios lo ha querido así á fin de que, estando forzado á volverme, llegára á tiempo de salvarte la vida.

### LIII.

#### LOS DIAMANTES.

Habia sido encargado por una dama de alta jerarquía de montar un magnífico adorno, y la dama le confió para esto una gran cantidad de diamantes y otras piedras preciosas. Roberto, jóven aprendiz de joyero, tenía gran placer en considerar aquellas piedras tan brillantes y de tan variadas aguas y colores, y no se cansaba de mirarlas.

De pronto notó el amo que le faltaban dos de las más hermosas. Sus sospechas se fijaron desde luego en el aprendiz, y se dirigió á su cuarto para hacer exactas pesquisas, y descubrió allí, en efecto, los dos diamantes en un agujero que habia en la pared encima de un cofre viejo. Por mucho que



protestó de su inocencia Roberto, su amo le castigó rigurosamente, y le dijo que tenía que agradecerle el que no le entregase á la justicia, plantándole á la puerta de la calle. Al día siguiente desapareció otra piedra, y el joyero la encontró en el mismo agujero. Entonces púsose secretamente en acecho para descubrir la persona que cometía aquellos hurtos y los llevaba á aquel escondite, y vió que una urraca, que Roberto había criado y domesticado, se echaba sobre el mostrador, cogía una de las piedras con su pico, y las llevaba al agujero.

Profundamente afligido el joyero por haber sospechado de Roberto, le volvió á recibir en su casa, le colmó de distinciones y le regaló muy bien para indemnizarle del castigo que tan injustamente le había impuesto.

## LIV.

## LAS PIEDRECILLAS.

El jóven Florian, criado de un carretero, había contraído la funesta costumbre de beber mucho aguardiente, y se había acarreado una peligrosa enfermedad.

— Si no renuncias al uso de esta bebida, le dijo el médico, te mueres miserablemente: el aguardiente es un veneno para la juventud.

— No puedo pasar sin él, respondió el enfermo; me he acostumbrado tanto á él, que no podré vivir sin tomar todos los días esta botella llena que veis aquí, y nunca ni más ni ménos.

— Si es así, replicó el doctor buscaré otro medio de curarte.

Al día siguiente, el doctor le llevó una linda caja llena de piedrecitas muy lisas y muy limpias.

— Pon todos los días una de estas piedrecitas en tu botella de aguardiente, pero ten mucho cuidado de no sacarla de ella, y con este remedio no te hará daño el aguardiente.

Imaginóse el enfermo que aquellas piedrecitas tenían la virtud de quitar al aguardiente su maléfica acción, y no dejó de seguir escrupulosamente y al pie de la letra la receta del médico. Metiendo cada día en la botella una piedrecita, bebía cada día sin notarlo algunas gotas ménos, y cuando al fin la botella llegó á llenarse enteramente de piedrecillas, se encontró enteramente corregido de su funesta costumbre.

## MODAS.

Figura 1.<sup>a</sup> Niña de seis á siete años: vestido de terciopelo inglés color de hoja seca. Falda lisa, túnica muy larga de atrás y corta por delante, adornada toda al rededor con una tira de piel, manga entreancha con gran vuelta; botijas de terciopelo como el vestido.

Fig. 2.<sup>a</sup> Niña de siete años: vestido de poplín de lana, color de habana, falda lisa en pliegues gruesos por detras, túnica abierta por detras, adornada con un volante



montado á pliegues, manga ancha con volante, chaleco de terciopelo habana con gran aldeta por detras y lazo en la cintura, sombrero de fieltro negro con pluma color habana, botitas de terciopelo como el chaleco.

Fig. 3.<sup>a</sup> Niño de cuatro años : falda y chaquetilla ancha de diagonal gris, adornada como la falda por delante con tres tiras de cachemir escoces, medias escocesas, botines de terciopelo gris.

Fig. 4.<sup>a</sup> Jovencita de trece á catorce años : falda y túnica de cachemir, color de moda; la falda cierra de alto abajo con botones de terciopelo color granate; la túnica abierta va adornada todo al rededor con un biés de terciopelo granate y recogida en los costados con lazos de cinta de terciopelo del mismo color.

5.<sup>a</sup> Niña de tres años : vestido de terciopelo azul adornado con tiras de piel blanca, detras lazos de faya blanca.

#### EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Fig. 1.<sup>a</sup> Niño de siete á ocho años : pantalon corto y chaleco de paño céfiro color gris, chaqueta de terciopelo color marron, sombrero redondo de castor, cuello grande de lienzo blanco, bota alta de piel mate.

Fig. 2.<sup>a</sup> Niña de seis años : vestido de saten verde, falda con un volante ancho adornado por abajo

con un terciopelo negro y por arriba con un biés que forma picos, casaca de terciopelo negro adornada todo al rededor con una tira de petigris, sombrero de terciopelo negro con lazo verde, botitas negras.

Fig. 3.<sup>a</sup> Niña de diez á once años : vestido de terciopelo inglés color marron, falda adornada por delante con dos volantes, en medio de éstos cuatro cintitas de terciopelo negro y otras tres sobre el último, túnica larga y suelta, sombrero de terciopelo negro con plumas.

Fig. 4.<sup>a</sup> Niña de tres á cuatro años : falda y chaquetita de cachemir blanco festoneada y bordada por abajo la falda, y encima, á poca distancia, una ancha tira de felpa color rosa; otra tira más estrecha adorna el cuerpo y las mangas por abajo y por arriba formando hombreras recortadas en puntas; sombrero de fieltro blanco con pluma blanca y cintas de terciopelo color de rosa; botitas color de rosa.

Fig. 5.<sup>a</sup> Niña de nueve años : vestido de saten azul plomo; la falda va adornada por delante con un delantal formado por bieses de faya de tono más claro y cintitas de terciopelo negro; lo demas de la falda va adornado con óvalos formados con bieses de faya, túnica y chaqueta de saten gris adornada de terciopelo negro, sombrero blanco con cinta y pluma gris; botitas grises.



## ÍNDICE DE LOS DOCE NÚMEROS

DE

## LA PRIMERA EDAD

CONTENIDOS EN ESTE VOLÚMEN.

Núm. 1.º La Primera edad.—Introducción.—Crónica infantil.—Trajes de jóven y de niña.—El perro de Luisito.—Modas.—Fábulas póstumas de Lafontaine.—Trajes de patinar y de paseo.—Moral.—Trajes para niños.—La señorita Tócalo-todo.—El arte de la costura.—Explicación del figurin iluminado de niños.—Explicación de los grabados.—Explicación del figurin iluminado de señoritas y niñas.—Advertencia.—Anuncios.—Quince grabados en el texto, y dos figurines iluminados.

Núm. 2.º Crónica infantil.—Las Golondrinas.—Un crimen castigado con otro.—La emperatriz Matilde.—Carlo-Magno en la escuela.—Juegos de niños.—Oración á San

José.—El arte de la costura.—Modas.—El buen hijo.—Utilidad de la obediencia.—El enemigo pequeño, fábula.—Las dos niñas.—Moral, el perdón de las injurias.—Amor filial.—El jilguero.—Máximas.—Explicación del figurin iluminado.—Anuncio.

Núm. 3.º Las obras de misericordia.—Barry.—Una buena acción.—El arte de la costura.—Modas, Violeta á Luisa.—La muñeca.—Moral, Amor filial.—El nido.—La mariposa.—El niño que no sabe leer.—El niño que no quiere aprender á leer.—Cuando vuelva tu papá.—El niño hablador.—El niño que no es hablador.—El niño obediente.—El niño desobediente.—Oración para todos los días.—El



premio.— Máximas.— Enigma.— Explicacion del figurin iluminado.— Jeroglífico.— Advertencia.

NÚM. 4.º Las obras de misericordia. II. Dar de comer al hambriento.— Historia de un gato.— Modas.— San Isidro.— El pasante.— El niño envidioso.— Juegos de niños, la pelota.— Leonardo y Jacinto.— Amor filial.— Flores de Mayo, letrilla á la Virgen.— Advertencias.— Solucion al jeroglífico. Solucion del enigma.

NÚM. 5.º Las obras de misericordia. III. Dar de beber al sediento.— El Ciego.— Cómo se coge la pluma.— El vapor y el telégrafo, fábula.— Modas.— La Zorra y el Gallo.— El niño burlon.— El niño que respeta á los ancianos.— El niño valiente.— El niño camorrista.— El niño agradecido.— El niño gloton.— Un niño presumido.— El niño discreto.— El niño ladron.— El niño honrado.— El buen hermano.— El niño que tiene buen corazon.— El niño que tiene mal corazon.— El perdon de las injurias.— Explicacion del figurin iluminado.— Oracion de los niños á San Antonio.— El abuelito.— Advertencia.

Acompaña á este número un figurin.

NÚM. 6.º La Cenicienta.— El niño desaseado.— El buen compañero.— El niño bien educado.— El niño mal educado.— El niño que quiere á sus padres.— El niño que no quiere á sus padres.— El niño que atiende al maestro.— El niño

que perezoso.— El niño trabajador.— El niño bueno.— El niño que no es bueno.— El niño aseado.— Ricardo y Matilde.— El Peregrino.— Las langostas y el diamante.— Sisif.— Los animales, el buey y la vaca.— Los niños desobedientes.— Modas.— Explicacion del figurin iluminado.— Anuncios.

NÚM. 7.º Las obras de misericordia. IV. Vestir al desnudo.— Las tres naranjas.— La curiosidad.— San José Calasanz.— Las dos hermanas.— Los pajaritos.— La Curruca y el Pitirojo.— El Pinzon y el Jilguero.— Los animales útiles. El Asno.— La Gallina.— El Gato.— El Perro.— La oveja descarriada.— Modas.— Explicacion del figurin iluminado que acompaña á este número.— Jeroglífico.

NÚM. 8.º Las obras de misericordia. V. Dar posada al peregrino.— La Princesa encantada.— Modas.— Explicacion del figurin iluminado que acompaña á este número.— El señor Buendía.— La Resignacion.— Santa Genoveva.— La muñeca de Ventura.— Solucion del jeroglífico del número anterior.— Jeroglífico.— Anuncios.

NÚM. 9.º En la luna.— La niña mentirosa.— El correo interior.— Al que madruga Dios le ayuda.— La Virgen del Pilar.— La huérfana.— El dedo cortado.— La limosna.— El castigo por igual.— La herradura.— Explicacion del figurin iluminado.— Advertencia.— Anuncios.

NÚM. 10. La buena Madre.— El



Pajarito.—El que ama lo feo, hermoso le parece.—La obediencia.—Santa Isabel, reina de Hungría.—Cuentos de Schmid.—Explicacion del figurin iluminado.—Anuncios.

Núm. 11. Las obras de misericordia, redimir al cautivo.—Una Hermana de la Caridad.—A la Virgen María.—Amor de hija.—El

perdon de una ofensa.—Modas.—Cuentos de Schmid.—Explicacion del figurin iluminado.—Anuncio.

Núm. 12. Las obras de misericordia, enterrar á los muertos.—La envidia.—La habladora.—El tesoro escondido.—Dia de Reyes.—La Muñeca no come.—San Ildefonso.—Cuentos de Schmid.—Modas.—Explicacion del figurin iluminado.

FIN DEL ÍNDICE.





BIENOTECNA  
MUNICIPAL  
MADRID